

macía española, y apenas pudo detenerse para empezar el ataque en el mismo otoño de 1587. En mayo del año siguiente, cuando en París brotaban como por encanto del suelo las barricadas, estaba la «Invencible armada» en el puerto de la Coruña pronta á hacerse á la mar con innumerables frailes, inquisidores é instrumentos de tortura á bordo (1). En junio se hizo á la mar. La suerte de Europa pendía del éxito de esta empresa; pero al llegar el otoño el hábito de Dios había aniquilado la formidable armada.

Fué aquel un suceso de trascendencia incalculable. El reino de Isabel había quedado incólume y en sus costas se estrellaron los proyectos de la supremacía española y de la propaganda ultramontana. Inglaterra invicta apareció mas que nunca la égida del protestantismo, é Isabel pudo pasar de la defensiva á la ofensiva.

Felipe II, al verse forzado á renunciar á sus intenciones respecto de Inglaterra, estuvo muy lejos de renunciar á todos sus planes; porque por terrible que fuese la herida que le había causado la destrucción de su armada, disponia todavía de medios y poderío suficientes para conseguir su intento. Aun era vencedor en los Países Bajos y casi dueño de Francia, y para serlo del todo decidió emplear todas las fuerzas de que todavía disponia.

En Francia se habían sucedido las catástrofes desde el día de las barricadas. Enrique III, apenas se hubo librado de la sublevación de París, no se atrevió todavía á romper con los Guisas. Colocado entre dos partidos enemigos, no supo elevarse por encima de ellos, y sin energía se volvió á entregar á los Guisas por ser su partido el católico, y sumiso á los Guisas adoptó completamente su programa religioso. En el edicto que publicó entonces (julio de 1588), que excedía todavía en intolerancia y fanatismo al de Nemours, prometió el exterminio de la herejía y obligó á sus súbditos católicos bajo juramento á prestar su apoyo para este objeto. Lisonjeándose con la ilusión de que la liga anti-monárquica sería reemplazada por otra realista y buena católica, perdonó los últimos sucesos ocurridos en París. Quitó á sus favoritos sus gobiernos de provincias; despidió á sus ministros y llamó á su lado á Enrique de Guisa para colmarle de honores y favores. Pero cuando éste se valió de su posición para ejercer sobre el rey una tutela insoportable, y cuando los Estados reunidos en Blois en otoño de 1588 empezaron conforme á la doctrina revolucionaria de los jesuitas á poner en práctica la soberanía nacional, anulando sistemáticamente la autoridad del rey en lugar de tomar el partido de éste contra las usurpaciones del duque de Guisa, se desplegó el carácter del rey Enrique III, no en un acto varonil, sino en un acto de alevosía, pues hizo asesinar al duque en la Navidad del año 1588.

El furor del pueblo subió de punto por la falta de su jefe; la Sorbona desligó á la nación de su juramento de fidelidad por haber faltado el rey á la fé pública y declaró al pueblo autorizado á tomar las armas contra el rey; la revolución se comunicó desde la capital á las demás ciudades y se formó en París con la cooperación de Mendoza un verdadero gobierno revolucionario bajo el nombre de «Consejo general de la union de los católicos» que delegó todo el poder real provisionalmente en manos del duque Carlos de Mayena, hermano del asesinado. Mayena, á la cabeza del ejército de la union, se acercó á París, y el rey, viéndose entre los miembros de la liga y los hugonotes impotente para resistir á ambos enemigos igualmente temibles, se arro-

(1) Lo que llevaba eran guerreros que habrían dado cuenta de la Inglaterra si las tempestades no lo hubieran impedido. (N. del T.)

jó en brazos de Enrique de Navarra; hizo con él un convenio en abril de 1589 por el cual volvió á la política intermedia de la que le habían separado los Guisas; y contra lo dispuesto en su último edicto publicado bajo la presión de estos, reconoció la legalidad de los hugonotes y les concedió libertad de cultos.

El rey y su sucesor Enrique de Navarra marcharon sobre París y empezaron en julio de 1589 el sitio de la capital. Entonces, á principios de agosto, murió Enrique III asesinado por un joven eclesiástico. La doctrina política de los jesuitas había pasado por todos los grados desde la demagogia comun y la rebelion hasta el regicidio.

La muerte del último Valois hizo á Enrique de Navarra rey legítimo de Francia; pero este reino se hallaba en completa disolución; era en gran parte hostil á su persona, y hasta la capital se hallaba en manos de sus enemigos. Fué menester que Enrique IV empezara por reconquistar su reino y que luego lo organizara de nuevo para restablecer en él la paz y el orden, la moral y el derecho, lo cual solo podía hacerse con las armas y con negociaciones. Por el momento no tenia Enrique ni autoridad, ni poder, ni recursos de rey, y á pesar de su legítimo derecho no era en realidad mas que un pretendiente, siendo lo peor que el rey de España estaba de parte de sus adversarios y decidido á conservar á toda costa su supremacía en Francia. Enrique de Navarra no se desanimó y con el valor que le daba su justa causa decidióse á continuar la lucha, no por la religion, sino por sus derechos legítimos.

Al principio sus armas obtuvieron ventajas, y en marzo de 1590 alcanzó una brillante victoria cerca de Ivry, en cuya consecuencia marchó sobre París y le puso sitio. En la capital se decía que iba á vengar sus bodas sangrientas. Felipe II no quiso renunciar á sus proyectos ni á la Francia, y cuando el peligro de la capital había llegado á un punto extremo, se presentó el duque de Parma, llamado por el rey de España, dejando sus operaciones contra los rebeldes holandeses. Con la mayor parte de su ejército entró á mediados de agosto de 1590 en Francia, y su aproximación obligó á Enrique IV á levantar el sitio de París y dirigirse contra Farnesio, el cual eludió hábilmente toda batalla campal. Llegó el invierno, y Enrique IV, falto de dinero, tuvo que licenciar la mayor parte de su ejército, en vista de lo cual el duque de Parma, vencedor sin batalla, volvió á los Países Bajos. La situación de Enrique IV iba empeorando de día en día, mientras la influencia de Mendoza iba creciendo, y con tanto celo trabajó, que esperaba poner á la Francia bajo el protectorado de España, y consiguió que á la muerte del último Valois fuese elegido rey de Francia por el partido católico y popular el viejo cardenal Carlos de Borbon. El cardenal estaba prisionero de Enrique IV, pero le representó el duque de Mayena, y como éste dependia enteramente de España, resultó Felipe II el verdadero dueño del partido hostil á Enrique IV. Poco duró esta situación, porque el rey-cardenal, llamado Carlos X, murió en la primavera del año de 1590. Durante el sitio de París se manifestaba en la capital una tendencia bastante general á someterse á la corona de España, porque en ella veían los sitiados su única salvación, y así expresaron el deseo de recibir una guarnición española. La Sorbona, que dependia enteramente de Mendoza y del legado papal Gaetano, declaró que Enrique de Navarra, aunque volviera á ingresar en la Iglesia católica y se le levantara la excomunión, no podría ser rey, y al mismo tiempo hizo á Felipe II proposiciones de sumisión impetrande su protección contra los herejes. Llegó también hasta pensar en la elevación de Felipe II para el trono de Francia, cuyo plan fué apoyado por los jesuitas y aprobado por el Consejo de

los Diez y seis, el cual opinó que todos los adversarios de España debían ser tratados como culpables de alta traición. Se formuló además un proyecto de constitucion que debía entrar en vigor cuando Felipe hubiese aceptado la corona de Francia.

Provincias enteras empezaron á separarse de la corona de Francia excitadas y apoyadas por España, por ejemplo la

Provenza, cuyos estamentos eligieron en otoño de 1590 señor suyo al duque de Saboya; el Languedoc, donde el duque de Joyeuse consiguió con el auxilio español la supremacía, y la Bretaña, donde el duque Mercoeur pensó hacerse soberano con el apoyo de Felipe. En todas estas provincias andaban divididos los estamentos, teniendo asambleas liguistas y otras realistas, aquellas apoyadas por España hasta



*Ericus de XIII. der Sweden, Gotten  
ende Wenden Coninck.*

El rey Erico XIV de Suecia

con las armas y estando por supuesto dispuestas á reconocer el vasallaje de Francia respecto de la corona de España.

El papa Gregorio XIV estaba enteramente de parte de España y de la liga, y pidió la inmediata renuncia del duque de Vendoma, al cual declaró hereje reincidente, privado de todos sus derechos; mandó al clero y á los estamentos laicos, en términos muy vivos, que hicieran oposicion á este duque, y además auxilió á los parisienses con fuertes sumas de dinero.

En estas circunstancias continuó la guerra. En 1591 volvió el duque de Parma con un nuevo ejército, y el Papa también envió un contingente que había reunido con el tesoro que le había dejado su predecesor Sixto V. Enrique de Navarra (Enrique IV) encontró también auxilio extranjero,

principalmente de parte de Inglaterra; porque á la reina Isabel no se le ocultaba que si la Francia caía bajo la dependencia de España, la Inglaterra debía esperar de Felipe II lo peor. Esta reina vió en los Países Bajos y en la Francia baluartes de su propio reino contra España; envió repetidas veces dinero, material de guerra y tropas á Enrique IV, y hasta tuvo el pensamiento de formar una alianza protestante general, en la cual entrarán también los protestantes alemanes. Estos empezaron á convencerse de que se trataba de un interés europeo general; y hasta en la Sajonia luterana, desde que el canciller Krell dió ocasion á que se formara un concepto religioso mas elevado, se manifestó el deseo de auxiliar á Enrique IV en su lucha contra España y contra el ultramontanismo. En su consecuencia, entró en Francia el

príncipe Cristian de Anhalt con un ejército imponente (aproximadamente de 16,000 hombres), enganchado en parte con dinero inglés.

Durante la guerra, murió el duque de Parma (diciembre de 1592), cuyo suceso fué decisivo, porque con la pérdida de este caudillo quedó España sin el general á cuyas banderas habia seguido siempre la victoria.

Felipe II no habia dejado de aprovechar la disposicion favorable de Francia. Su interés no consistia en dilatar las fronteras materiales de la monarquía española, incorporando á ella otros territorios, sino en someter á éstos sólida y permanentemente á su influencia, lo cual pensó conseguir colocando en sus tronos miembros de su familia ó partidarios decididos suyos.

Quiso realizar la idea de la monarquía universal bajo el protectorado de España. Pidió la corona de Francia para su hija Isabel y para el esposo que él pensaba darle. Sobre esto hubo gran consejo en la asamblea de los Estados á principios del año 1593, convocados por Mayena en inteligencia con Felipe, como si fuese aquel el soberano legítimo de Francia. Felipe II hizo grandes promesas al duque de Mayena para el caso de que consiguiera inducir á los Estados á reconocer por soberana á su hija Isabel. Consistían estas promesas en darle la Borgoña y el gobierno de Normandía. Felipe II tenia el proyecto de casar á su hija con el archiduque Ernesto, al cual habia designado sucesor del duque de Parma. Muy grande habria sido el poder del archiduque (hermano del emperador Rodolfo) y de su esposa, porque habrían dispuesto del estatuderato de las Provincias Unidas, del poder real de Francia y quién sabe si con el tiempo del poder imperial en Alemania; pero Mayena y la liga se oponían á este plan porque habria puesto en el trono de Francia una dinastía extranjera, y los enviados de la liga deseaban que Isabel diera su mano al joven duque de Guisa, hijo del Guisa asesinado, prometiendo en este caso elegir por rey al joven duque. Felipe II se conformó; pero entonces se opuso Mayena, que no queria ceder á un sobrino suyo la corona de Francia que deseaba para sí. Esto dió origen á una gran division entre los adversarios de Enrique IV, á los cuales abandonó la victoria en la guerra desde la muerte del duque de Parma. Entonces se realizó además un cambio en la opinion pública de Francia; de la misma manera que á fines de 1526 y principios de 1527 despertó en millares de franceses la indignacion nacional al ver la vergonzosa dependencia de su patria respecto del ambicioso vecino, prevaleció otra vez el sentimiento nacional sobre el religioso, y muchos nobles católicos fanáticos y partidarios de la liga empezaron á comprender que ésta llevaba á su patria al abismo y se apartaron de ella. El partido antiguo político volvió á dar señales de vida y ganar partidarios, los cuales se manifestaron decididos á emplear toda su fuerza al servicio de la independencia nacional y de la legitimidad, oponiendo á la doctrina jesuítica de la soberanía del pueblo y de la autoridad decisiva del Papa en cosas terrenales otra doctrina que enseñaba que toda autoridad soberana venia de Dios y le correspondia legítimamente exigir la obediencia de los pueblos que estaban bajo su autoridad, y que toda desobediencia y rebelion contra esta autoridad era un crimen. La Iglesia, segun ellos, no tenia que cuidarse de los asuntos terrenales, pues que su reino no era de este mundo y su misma excomunion no podia perjudicar á los derechos del poder civil. Hasta se llegó á sostener que los franceses debían acatamiento y obediencia á su rey legítimo, aunque éste fuese protestante.

Verdad es que la mayoría de los franceses continuó aferada ante todo á la religion católica y no queria llegar á tan extremas conclusiones, y seguramente habria visto siempre

en Enrique IV un hereje excomulgado por el Papa. Era indudable que Enrique IV jamás podria ser rey de Francia siendo hugonote, y que solo cambiando de religion podia alcanzar la corona, en vista de lo cual se decidió á hacerse católico. En vista de sus repetidos cambios de religion se le podrá acusar de falta de carácter, y ciertamente que aquel hombre frívolo no era de la madera de los mártires, pero fué justa la última conversion, á la cual no le impulsaron ni la ambicion, ni el peligro personal, ni la fé, ni la conciencia, sino únicamente el sentimiento de una mision superior. El cambio de religion era condicion forzosa para adquirir la corona, y la adquisicion de la corona era el único medio posible de salvar la Francia del peligro exterior y de restituirla la paz y el orden en el interior. Por eso solia decir este monarca que habia sacrificado su conviccion á su deber.

La paz interior volvió en efecto; la liga perdió rápidamente partidarios á medida que Enrique IV se fué acercando victorioso á su capital, en la cual entró en marzo de 1594, y con esto quedó concluida la guerra civil.

Faltaba únicamente componerse con Felipe II, al cual declaró la guerra á principios del año 1595. El papa Clemente VIII, deseando vivamente librarse de la molesta presion española y temiendo la separacion de la Francia de su supremacia eclesiástica, asió gozoso la mano conciliadora de Enrique IV y le levantó (setiembre de 1595) la excomunion, despues de lo cual se sometieron tambien Mayena y los últimos restos de la liga. Esto quitó á Felipe II el pretexto de guerrear por la Iglesia, á pesar de lo cual continuó la guerra entre las dos potencias.

A excitacion de Enrique IV las dos potencias marítimas protestantes, Inglaterra y Holanda, formaron con la Francia católica una alianza ofensiva y defensiva contra España, lo cual prueba que en la Europa occidental predominaba ya entonces el punto de vista político sobre el religioso. Atacado por mar y tierra por los adversarios unidos, á cada uno de los cuales hubiera podido resistir Felipe II separadamente, se vió este monarca forzado á renunciar á sus planes ambiciosos. Felipe II se encontraba viejo, achacoso y gastado; su hijo y heredero presunto era muy joven y carecia de talento. Así es que el monarca se dió prisa á arreglar antes de morir sus asuntos.

Solicitó la mediacion del Papa y por ella hizo con la Francia la paz de Vervins (mayo de 1598), por la cual se obligó Enrique IV á separarse de sus dos aliados protestantes que habian hecho todos los esfuerzos posibles para impedir esta paz entre las dos grandes potencias católicas occidentales, convencidos como estaban de que no debía pensarse en hacer la paz con España hasta que quedara completamente aniquilada su preponderancia. Enrique, no obstante, firmó la paz, diciendo que la Francia y él necesitaban descanso.

La paz de Vervins fué en cierta manera una renovacion de la de Chateau Cambresis; solo que á la sazón fueron los españoles los que devolvieron sus conquistas, y la Francia quedó libre de la preponderancia española que se le habia impuesto en la paz anterior.

A pesar de la paz quedó existente entre las dos naciones católicas la enemistad política y continuó la intervencion de España en los asuntos interiores de Francia, ocupada en su reorganizacion y pacificacion nacional. En los primeros tiempos del reinado de Enrique IV, siempre que el descontento llegaba á degenerar en sublevacion acudia luego el gobierno español para apoyar el movimiento, en represalias de la conducta del gobierno francés que auxiliaba á los Países Bajos en su lucha contra España y hasta hizo con ellos (en 1608) una alianza defensiva.

Felipe II murió (1598) y cinco años despues murió tam-

bien (marzo de 1603) la reina Isabel. Cuando sus sucesores hicieron la paz (agosto de 1604) volvió á cargar todo el peso de la guerra sobre los Países Bajos, que continuaron la lucha brillantemente bajo la jefatura del joven guerrero Mauricio de Orange. Felipe III se esforzó en vano por conseguir una

alianza con Inglaterra y Francia, pues tanto Jacobo I como Enrique IV se pusieron del lado de los holandeses, y Felipe se convenció de que sin el auxilio de estas dos potencias, por grandes esfuerzos que hiciese, no podria volver á someter á las provincias que se habian hecho independientes. Las



El rey Juan II de Suecia

pequeñas ventajas que alcanzó por tierra fueron rápida y abundantemente compensadas por la preponderancia marítima creciente de las provincias sublevadas. Esta conviccion hizo que se compusiera (abril de 1609) con ellas reconociendo su independencia, bien que por lo pronto solo provisionalmente, es decir, en forma de una tregua de doce años.

Por estos tres arreglos pacíficos recuperó la Europa occidental su perdida tranquilidad despues de cincuenta años de turbacion y confusion. La Inglaterra habia conservado su independencia enfrente de España y Francia, y desarrollado sus fuerzas y su prosperidad. La república de los Países Ba-

jos se habia formado añadiendo á los Estados independientes otro nuevo que prosperó rápidamente. Los planes de monarquía universal de Felipe II habian fracasado, al paso que su imperio se encontraba en el interior en lamentable decadencia y desorganizacion. Este soberano habia pagado ventajas pasajeras de su política extranjera con el exagerado precio del bienestar de España. Sumas enormes habian pasado de España á Francia para apoyar á la liga; la armada habia costado sacrificios inmensos, y todo esto se habia gastado en vano cuando ya en 1575 se lamentó Felipe II de que por la noche no sabia de qué vivir al dia siguiente, y eso que entonces se hallaba en el colmo de su poderío. Con

las desgracias de su política extranjera se manifestó la ruina en el interior, donde no podían satisfacerse las contribuciones ni pagarse á los acreedores del gobierno, y la bancarrota del Estado parecía inevitable. A pesar de la decadencia interior conservó la monarquía española su posición frente del extranjero, porque los organismos vivos sucumben solo lentamente ante males rastreros. Continuaba enfrente de las potencias europeas representando la potencia universal gracias á su posesión del hemisferio opuesto; pero se iba acercando el tiempo en que las dos potencias marítimas nuevas habían de disputarle su pretensión universal colonial.

El interés religioso al comenzar el movimiento le había dado un impulso enérgico; pero á medida que continuó, se disminuyó este impulso cediendo la preponderancia al interés político, no porque hubiera dejado la monarquía española de proteger y apoyar la religión católica, pues no renunció á sus grandes planes dominadores á pesar de haber fracasado por lo pronto, porque estos planes formaban su esencia, y su realización era la condición de todo su poderío. Mas adelante veremos que entró en otras vías políticas que, según su cálculo, habían de conducirla al deseado objeto. Lo que á la rama española de la casa de Habsburgo se había presentado superior á sus propias fuerzas, creyó lograrlo en unión con la rama alemana.

También en este terreno parecía corresponder á la Inglaterra protestante el papel principal de la jefatura de la Europa amenazada; pero el rey Jacobo, protestante de tendencias papistas, no era capaz de continuar la obra de Isabel; y por tanto la Francia bajo el cetro de Enrique IV, rey papista de tendencias protestantes, y después de Enrique bajo el gobierno del cardenal Richelieu, se elevó á la categoría de potencia directora cuando se hizo necesario rechazar las tentativas de la casa de Habsburgo para establecer su monarquía universal. Por lo demás la Francia representaba dentro del mundo romano-católico una política más libre, por no decir más secular que la política reaccionaria y obstinada de la corte de España.

#### LA CUESTION BÁLTICA

El Norte de Europa experimentó como el Este durante el siglo XVI una grandísima transformación política, que como la del Occidente europeo tuvo su origen en el territorio alemán. La transformación política del Oeste nació en el círculo de Borgoña, degenerando en una lucha que no tardó en inflamar todo el Occidente de Europa. En el Norte estalló con motivo del territorio de la orden teutónica, entrando todas las potencias septentrionales en la contienda, la cual fué tomando con el tiempo la forma de una lucha por el predominio sobre las demás potencias interesadas. No por eso, sin embargo, dejó de complicarse la cuestión política con los intereses religiosos de la época que tuvieron al fin la parte más importante en la solución de esta cuestión. En el Occidente de Europa fué España la que representó la política ultramontana queriendo hacerla servir á favor de su proyectada preponderancia; y cuando estuvo ya cercana á obtener el triunfo, que creía tener ya en sus manos, estrellóse contra la resistencia de sus adversarios protestantes, principalmente de Inglaterra, y volvió á caer súbita é irremisiblemente de su altura. En el Norte fué la Polonia, «España septentrional», la que viendo caer cada vez más el poder del ultramontanismo trataba con energía siempre creciente de establecer su dominio y preponderancia en los países del Báltico, hasta que, hallándose ya cerca de lograr su deseo, fué rechazada muy lejos de su objeto por la Suecia protestante. Fueron, pues, las tendencias principales de aquella época y sus prin-

cipios fundamentales los que, elevándose en los extremos opuestos de Europa sobre los demás intereses, provocaron movimientos generales que á pesar de diferencias locales presentan rasgos de su carácter común.

La cuestión de la preponderancia política en el Norte de Europa tiene su origen muy adentro de la Edad media y espera todavía hoy su solución definitiva. Es la cuestión del dominio del Báltico que salió á la superficie ya en tiempo de Enrique el León para adquirir desde entonces sin cesar más extensión y profundidad. Mientras florecía la liga anseática fué ella la que tuvo el dominio del Báltico, reuniendo en sus manos todo el comercio de este mar, privilegio que conservó mediante las factorías y hasta ciudades que estableció á lo largo de la costa. Los buques anseáticos hacían el cambio de los productos del Norte y del Sur de Europa y de las comarcas polares con las tropicales de la India, porque entonces ni Dinamarca ni Suecia sabían aprovechar las ventajas que ofrecían sus costas, ni tampoco librarse de la tutela de los comerciantes alemanes.

Cuando al comienzo del tiempo moderno se hizo el comercio oceánico á consecuencia de los descubrimientos de nuevos continentes y de nuevas vías marítimas, y cuando los países ribereños del Océano empezaron á comerciar directamente entre sí y con los países trasatlánticos, entonces tocó la hora postrera de la liga anseática. La decadencia de esta liga dió ocasión á que los países ribereños del Báltico se elevaran marítima y mercantilmente y se disputaran la herencia, es decir, el dominio del Báltico. En esta lucha adquirieron su importancia y su poder político, lo cual dió nuevo interés á la cuestión báltica y del predominio político entre los nuevos Estados.

Eran cuatro las potencias que entraron en esta lucha; dos de ellas eran desde antiguo dueños de costas sin haber comprendido hasta entonces su valor, y las otras dos se encontraban separadas de las orillas, á las cuales desearon llegar tan luego como comprendieron su importancia. Las primeras potencias eran Dinamarca y Suecia, y las últimas Polonia y Rusia. La Dinamarca, bañada por el Báltico y el Mar del Norte, y en posesión de la Noruega, se encontraba en la situación más favorable para tomar parte en el nuevo comercio marítimo, ya oceánico, ya simplemente báltico, siendo además dueño de los estrechos que unen los dos mares y estando en situación de permitir ó negar el paso. La Suecia, unida hasta entonces á Dinamarca y dependiente enteramente de este país, quebrantó en tiempo de Gustavo Wasa aquella dependencia que le era insostenible porque le había impuesto el convenio de Calmar; y cuando se hizo independiente, trató enérgicamente de levantar su comercio y su marina, adversaria de consiguiente de Dinamarca que ostentaba en sus armas tres coronas reales para recordar que sus reyes habían ceñido las tres coronas escandinavas. El reino de Polonia, separado durante largo tiempo del mar por los territorios de la orden teutónica, se hallaba en continua lucha con el gran maestro y los caballeros de esta orden que caminaba rápidamente á su decadencia y disolución; pero debió principalmente sus victorias al apoyo de la fuerte oposición de los estamentos de la orden en el territorio de la antigua Prusia, de suerte que en el curso del siglo XV (en la paz de Thorn de 1466) entró en posesión de la mitad occidental del territorio prusiano de la orden. La parte de la Prusia oriental, transformada en principado laico, se sometió á título de feudo á la Polonia medio siglo después (1535). La Rusia finalmente, emancipándose á fines del siglo XV de la supremacía tártara, empezó á constituirse con la reunión de distintos principados formando el gran ducado de Moscovia, pero quedando todavía separada de la Europa occidental

por la ancha Lituania dependiente del reino de Polonia, y faltándole de consiguiente el medio más importante, para aquellas comarcas y aquella época, de adquirir poderío é importancia política, á saber: la comunicación directa con el mar. En efecto, su territorio no llegaba ni al Mar Negro, ni al Báltico, porque del primero le separaban los reinos tártaros de Casan y de Astrakan y el khanato de Crimea, y del se-

gundo la Finlandia sueca y los territorios que la orden teutónica poseía en Livonia, es decir la Curlandia, la Livonia y la Estonia, en los cuales dominó la orden alemana de los Hermanos de la Espada aun después de la caída de la orden teutónica.

Estos territorios estaban destinados á ser la manzana de discordia, por la cual las cuatro potencias citadas empeza-



El rey Estéban Bathory de Polonia. Grabado anónimo del último tercio del siglo XVI

ron su lucha violentísima, pues que su posesión les parecía á todas cuatro condición previa del predominio del Báltico. Para la Rusia esta posesión significaba todavía mucho más que para las otras potencias rivales, porque la ponía en comunicación con el mar, del cual estaba completamente apartada.

Mientras la rama principal de la orden teutónica dominante en Prusia caía bajo la dependencia de Polonia, la rama de Livonia experimentó un cambio muy importante haciéndose independiente; pero quedó al mismo tiempo aislada y privada del apoyo de la rama principal. Era la de Livonia una federación, una república representada por los Estados, ó sea la nobleza y las ciudades que no reconocían más superior que el emperador y el Papa. La orden acaudillada por el maestro general, en posesión de la mayor parte

del territorio y nominalmente soberana del país, tenía que atender á un número de príncipes de la Iglesia casi completamente absolutos en concepto político, como el arzobispo de Riga y los obispos de Dorpat, Oesel y Curlandia (ó Piltén). Además de estos señores eclesiásticos había que contar con los caballeros dueños de castillos fuertes y de grandes territorios, y finalmente con las ciudades, en las cuales estaban establecidos comerciantes alemanes, que hacían un comercio lucrativo con Rusia y Polonia. Estas ciudades eran opulentísimas, muy civilizadas, y poseían grandes privilegios municipales. La asamblea, que se componía de los tres brazos ó clases citadas, gobernaba el país; pero la rivalidad de los tres estamentos casi nunca permitió tomar una resolución común. Cada uno de los tres Estados y cada individuo dentro de cada Estado se regía solo por sus pro-